

abuelita, simbolizando cada objeto muertas ilusiones, tristezas pasadas, gozados peregrijos o sinceras alegrías; ni en nada fijé más mis ojos ni volví a encerner y colocar con más veneración, que un paquete de viejos papeles amarillentos y perfumados.

Es un paquete de cartas diminutas, dobladas con cariño, escritas con limpieza, de letras que parecen litografiadas, y atado con un listoncillo de color de rosa muy desteñida por el tiempo; diminutas cartas cambiadas con mi abuelo, y entre otras una escrita con pulso muy nervioso, en que le dice que hacía tres meses que la amaba en secreto, que sufría mucho, atormentado por la duda cruel de vivir o no correspondido; aunque parecían decirselo las miradas, lo propio que las manos cuando con efusión las estrechaba; que le dolía mucho el corazón, no obstante las sendas tazas de agua de azahar o de té o de tila, que diariamente le hacía tomar una de mis tías; que sólo cuando hablaba con ella o la miraba sentía consuelo; que si antes no le había dicho nada, había sido por tener graves cuidados de familia, y por la incertidumbre del porvenir, temiendo menoscabos en su fortuna, porque en toda la Nueva España había guerra devastadora entre realistas e insurgentes, pues unos y otros, como sabía ella muy bien, incendiaban ranchos, haciendas, villas, pueblos y ciudades; y por todas partes robaban y saqueaban casas y tiendas; pero que él ya no podía aguantarse más, que le diera de una vez si lo amaba o no lo quería.

Las otras cartas, todas amorosas, dicen muchos disparates, contienen infinitas tonterías, encierran porción de candores. No las afean faltas ortográficas, porque están escritas con bastante corrección, cosa rara entonces, sobre todo las de mano femenina; y todas rebosan celos pueriles, enojos fingidos, propósitos inocentes de inmensa ternura.

Y al cerrar con la llave muy calada y molhosa esta arca que contiene tantos recuerdos de familia, percibo de nuevo el peculiar olorillo de las cosas viejas.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

